

—¡El chitero!

—¡El chitero!—contestan á una, corriendo hacia afuera, para ver el gavilán, que anda cerca.

Ciérnese en el espacio, ó en rapidísimo giro va y viene, buscando con mirada fascinadora, á través del follaje, á los tímidos polluelos.

El gallo dió la voz de alerta; huyeron las gallinas hacia lo más espeso del cafetal, en busca de refugio, y los polluelos se agolpan en torno de la clueca ó se esconden medrosos bajo las alas maternas. Sólo una, la más bella, una de copeete rizado y nívea pluma, madre joven é inexperta, parece indiferente, y cloquea tranquila mientras los hijos asustados la buscan presurosos.

El gavilán va y viene. Ya la vió, la acecha. En rápido descenso baja como una saeta, y rozando el suelo con la punta de las alas, recorre el corral, y se va, llevándose mísero polluelo, el más lindo, el más blanco, el más vivo! En vano ha querido defenderle la madre. De nada le sirvieron á la infeliz el afilado pico y las alas robustas. El *chitero* se remontó con su presa, y huye, para devorarla en un picacho de la sierra.

El gallo tiembla; las odaliscas han desaparecido, y sólo se oye, allá en la espesura, un gritito débil, con el cual avisan que el enemigo está cerca, que es preciso huir y esconderse en lo más tupido de los matorrales.

De pronto exclama Pancho:

—¡Ya volverá!

Y corre apresurado hacia la casa. No tarda en salir. Trae la escopeta, y, al cargarla, murmura entre dientes un terno amenazador. Nadie habla. El mancebo sale al llano. Los chicos que pescaban en el arroyuelo le siguen, mientras la tía Chepa corre hasta lo más recóndito del bosque.

De allí vuelve á poco, persiguiendo á las gallinas. Éstas, azoradas, corren hacia el portalón. Tranquilas y descuidadas, al abrigo del pajizo techo, se creen seguras, y el gallo torna á sus requiebros y paliques, y las gallinas á su cacareo, y las cluecas á cloquear, y los polluelos vagan alegres y olvidados del

peligro que les amenaza. Sólo la cope-tona blanca está triste y apenada. ¡Ha perdido un hijo!

—¡Ahí viene!—gritan de pronto las mujeres—¡Silencio!

El gavilán vuelve en busca de otra presa. Seguro de arrebatársela vuela victorioso. Se aproxima lentamente, como si fuera hacia ranchos lejanos.... Pero repentinamente acelera el vuelo, duplica la fuerza de sus remos, sube y baja, trazando en el espacio curvas caprichosas, y de pronto cae en el corral. Suena un tiro, y el rapaz carnívoro, herido en una ala, viene á tierra, voltejeando y vencido. El tiro del mozo fué certero. Resuena en el portalón un grito de júbilo. La chiquillería corre en tropel, y se agolpa en torno del ave moribunda.

Pancho, con la escopeta al hombro, muy orgulloso de su puntería, acude también.

Las mujeres comentan y celebran calurosamente la muerte del *chitero*. Los chicos quisieran hacerle pedazos. El ave, moribunda, casi exangüe, aletea y se agita con las convulsiones de la agonía.

El mozo mira un rato á su víctima y llama la atención de los niños acerca de las pujantes garras del animal.

—¡Ahora, muchachos, á colgarlo! ¡En el jobo del camino!

Momentos después, entre los gritos de los muchachos, y saludado con silbidos, el gavilán queda pendiente de la rama más vigorosa del copado *jobo*. Aún está vivo el rapaz; pasea en torno suyo los feroces é inyectados ojos, aletea de cuando en cuando, y por fin expira en uno ú otro balanceo. Las poderosas y anchas alas quedan laxas; las corvas garras quedan crispadas, y del abierto y amarillento pico se desprenden, lentas y pausadas, gruesas gotas de sangre, negras, espesas y humeantes.

—¡Viva Pancho! ¡Viva!—gritan los chicos, y se retiran del patíbulo tarareando un toque militar..... ¡Tan, tarrán, tan..... tan, tarrán, tan! ¡Rataplán!

México, Julio de 1895.

R. DELGADO. (*)

(*) Socio de número de la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, N.º del 31.